

# Caminar como forma de conocimiento: la recuperación del Camino de Santiago (\*)

Arturo Soria y Puig\*\*

Cada vez que se plantea la conservación de un monumento viene a mi memoria una pregunta provocadora que me hicieron hace años. Estábamos comentando el lento hundimiento de Venecia y las diversas iniciativas emprendidas para evitarlo. De pronto, uno de los interlocutores se preguntó en alta voz: ¿Y qué pasaría si se dejase hundir Venecia? ¿No sería acaso también curiosa y sugerente una Venecia semisumergida? ¿Dónde están los límites a partir de los cuales la conservación empieza a ser un absurdo, una vana lucha contra el inexorable paso del tiempo? En concreto, y ciñéndonos al tema que aquí nos ocupa, ¿qué sentido puede tener ahora recuperar el Camino de Santiago?

## Tópicos

Como foco religioso, Santiago de Compostela es hoy un santuario que se ha visto desbancado no sólo por Jerusalem y Roma, ciudades con las que antaño compitió, sino también por Lourdes, que atrae al año varios millones de peregrinos, y por Fátima, que congrega un número algo menor. Por otra parte, no parece acorde con la evolución religiosa que reviva el culto medieval de las reliquias. Sin embargo, aunque la devoción jacobea no tenga ni vaya a tener la importancia que tuvo, tampoco se puede pasar por alto que en la actualidad hay un número reducido y quizás creciente de personas, unos pocos miles, que peregrinan a pie a Santiago por razones religiosas.

Otros, a las razones religiosas, añaden o contraponen las que cabría llamar razones culturales. Recuperar el Camino de Santiago sería un proyecto eminentemente cultural centrado en la restauración de monumentos artísticos, en la creación o mejora de museos, en la puesta en marcha de programas de investigación jacobea y en la celebración de seminarios, conferencias o exposiciones con vistas, todo ello, a atraer lo que cabría llamar un turismo individualizado y culto, en contraposición al masivo que acude a tostarse a las playas del Mediterráneo.

Si bien es cierto que a lo largo del Camino hay importantes y atractivos monumentos, no es menos cierto que el Camino no es el único lugar de Europa ni de España donde cabe deleitarse con el románico

(\*) Ponencia presentada en mayo de 1988 al II Encuentro de Ciudades y Pueblos Históricos, organizado en Pamplona por la Comunidad de Trabajo de los Pirineos.

(\*\*) Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

o el arte en general. Y por otro lado, si los monumentos jacobeos se concentran por lo común en pueblos y ciudades accesibles por carretera, ¿qué falta hace recuperar el Camino de Santiago como tal, que es hoy un sendero rural perdido?

Se trata, en efecto, de un sendero modesto a simple vista, pero cabe replicar, fue una ruta internacional de primer orden y es un buen y temprano símbolo de la unidad europea: por él transitaron durante siglos centenares de miles de europeos procedentes no sólo de Francia, sino también de Italia, Alemania, Flandes e Inglaterra, e incluso de naciones tan remotas entonces como Noruega, Polonia o Armenia. Es más, el Camino de Santiago fue una vía verdaderamente europea no sólo por el hecho de que los peregrinos vinieran de toda Europa, sino también porque a su vera se establecieron durante la Edad Media muchos foráneos al punto de que en Pamplona, según afirma Lacarra, la población extranjera llegó en el siglo XI «a superar con mucho a la indígena», al igual que en Estella, donde todavía en el siglo XIV se redactaban las Ordenanzas municipales en un idioma provenzal. El Camino de Santiago canalizó una «enorme inmigración extranjera» que colaboró en la «repoblación» de una importante franja de España (1). Y dentro de los foráneos de allende los Pirineos ocuparon un lugar primordial los franceses, hasta el extremo de que en muchos lugares el Camino de Santiago se conocía como «Camino francés».

Si fue importante el trasiego de europeos por la ruta jacobea, no lo fue menos el movimiento comercial. Estos extranjeros, a los que genéricamente se designó como «francos», y los judíos, también abundantes en las ciudades y pueblos del Camino (2), desarrollaron una intensa actividad comercial y no es casualidad que fuera justamente en el Camino de Santiago y en Cataluña donde aparecieran los primeros burgueses de la Península (3).

Finalmente, el Camino de Santiago también fue cauce de un intenso movimiento de ideas en ambas direcciones. De Francia vino, por ejemplo, la reforma eclesiástica de Cluny y a Francia se transmitieron por el Camino de Santiago algunos elementos de la cultura árabe entonces floreciente en España, lo cual se percibe, por ejemplo, tanto en la ornamentación de ciertas iglesias románicas francesas como en los cantares de gesta.

El Camino de Santiago fue pues sin duda y en múltiples sentidos una fructífera ruta de comunicación europea y de cara al actual proceso de unificación de Europa puede parecer oportuno esgrimirlo como un símbolo.

Pero si un camino como el de Santiago es un símbolo de la integración europea, ¿por qué no lo son también otros caminos de no menor raigambre como las calzadas romanas o de mayor envergadura como las modernas autopistas internacionales? ¿Acaso no se producen en todos los caminos internacionales movimientos internacionales de personas, mercancías e ideas de mayor o menor intensidad? En suma, no creo que, llamémosla así, la «europeidad» del Camino de Santiago sea una particularidad o característica excepcional que baste por sí sólo a dar sentido a su prioritaria recuperación.

Y es que lo singular del Camino de Santiago no estriba en ser un

---

(1) José María Lacarra, *La repoblación de las ciudades en el Camino de Santiago: su trascendencia social, cultural y económica*, capítulo del tomo I de la obra de Luis Vázquez de Parga, José M.ª Lacarra y Juan Uría, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1949.

(2) F. Cantera Burgos, *Las juderías españolas y el Camino de Santiago*, en XII Semana de Estudios Medievales, Pamplona, 1976.

(3) L. G. de Valdeavellano, *Orígenes de la burguesía en la España medieval*, Madrid, 1964.

fenómeno sólo religioso, o sólo cultural o sólo europeo, sino en haber sido durante un milenio aproximadamente un fenómeno religioso, cultural y europeo a la vez.

### **De cómo la idea de peregrinar se convirtió en una peregrina idea**

Ahora bien, una cosa es hablar de oídas o leídas del Camino de Santiago y dar un repaso a los tópicos que el tema sugiere a cualquiera —Europa, el románico, la devoción— y otra, acercarse al Camino y echarse a andar por él. Es entonces cuando se descubre algo de lo que hasta ahora se ha hablado poco: la insólita experiencia de peregrinar. Insólita por un doble motivo.

Por un lado, porque hace ya más de un siglo que la peregrinación a Santiago dejó de ser un hecho habitual. Una larga serie de acontecimientos que la afectaron negativamente como la revolución francesa, la invasión napoleónica, la desamortización eclesiástica, las guerras carlistas y la aparición del santuario de Lourdes, hizo que el fenómeno jacobeo casi se extinguiera en el XIX al punto de que el adjetivo «peregrino» se convirtió en sinónimo de extraño o infrecuente; así, por ejemplo, cuando se dice que una idea es «peregrina».

Por otro lado, es también en el XIX cuando se inicia una revolución tal en los transportes que la marcha a pie o a los lomos de caballería que es como siempre se peregrinó, han desaparecido como medios de transporte a larga distancia.

*Peregrinar a pie* es pues doblemente insólito en la actualidad, pero lo cierto es que no cabe plantearse la recuperación de una ruta de peregrinación sin pararse a pensar qué fue y qué puede ser peregrinar. Porque el Camino de Santiago, aunque hoy a muchos les cueste entenderlo justamente por la insólita y alejada que nos resulta a los hombres del siglo XX la idea de peregrinar, fue ante todo una ruta de peregrinación y porque la peregrinación llegó a ser masiva, tuvo el Camino gran importancia económica, cultural y social. Puede que hoy resulte más fácil entender el Camino de Santiago en términos culturales, económicos y sociales, pero si nos limitamos a entenderlo así, quizás se nos escape su peculiaridad. Veámos, pues, a qué se llama peregrinar.

### **Los caminos y el más allá**

Simplificando, cabría decir que peregrinar es ir a un santuario, es desplazarse por una motivación religiosa. No obstante, si hurgamos en la etimología de la palabra resulta que, según ciertos autores, *peregrinar* procede de la expresión latina *per ager*, que significa literalmente *atravesar campos*. Aunque parezca que se trata de sentidos muy dispares, lo cierto es que entre ambos existe una estrecha relación, pues caminar tuvo en la antigüedad claras connotaciones religiosas (4).

En efecto, en el siglo VI, San Martín Dumiense, obispo de Braga y evangelizador de Galicia, acusaba a las poblaciones del Noroeste de la Península de mantener cultos precristianos a los espíritus de los

---

(4) La mayoría de la información con que desarrolló esta cuestión procede del trabajo de José Ramón Menéndez de Lurca, *Ampliación de estudios de actuación integrada sobre el sistema territorial del Camino de Santiago*, Madrid, Instituto del Territorio y Urbanismo, MOPU, 1987.

caminos; cultos que se manifestaban en los fuegos nocturnos que se encendían en los cruces y en la erección de montones de piedra en el borde de los mismos, que en Galicia se llaman «milladoiros», en Francia «montjoie» y en Asturias «monjoyas» o «manjoyas» (5).

Estos cultos tienen seguramente un origen prehistórico y están relacionados con la costumbre de erigir monumentos sepulcrales a lo largo de los caminos; así, en la zona asturgalaica, José Ramón Menéndez de Lurca ha conseguido identificar caminos en los que se alinean hasta más de cien dólmenes y túmulos. Si los caminos conducen más allá de los límites del lugar donde se habita y si la muerte se asocia con el más allá, era lógico que los caminos se asociaran a su vez con la muerte y si hubo culto a los muertos, no es raro que los caminos se cargaran de significación religiosa ya en la prehistoria y que esa significación perdurara en culturas posteriores.

De hecho, en la Grecia y Roma clásica, también se registra un culto a los cruces de caminos —en un trivio fue, dicho sea de paso, donde Edipo mató a su padre— y a los dioses de los caminos: de ello dan testimonio, entre otras cosas, las aras levantadas a los «lares viales». Algunas de estas prácticas religiosas prehistóricas y clásicas no llegaron a desaparecer con el cristianismo: a lo largo del Camino de Santiago no dejó de haber esos «milladoiros» contra los que clamó San Martín Dumiense y fueron particularmente célebres los de Foncebadón y los del llamado «Monte de Gozo», junto a Santiago de Compostela. Otras prácticas se transformaron: a las aras dedicadas



*La Cruz de Ferro en Foncebadón. Originariamente muria divisoria entre la Maragatería y el Bierzo. El rito pagano de echar una piedra al montículo aún lo mantienen los peregrinos de nuestros días.*

(5) Sobre esta cuestión, aportan algunas observaciones Barret y Gurgant en su libro *A vida dos peregrinos polo camiño de Santiago*, Edicions Xerais de Galicia, 1980. La edición original es francesa.

a los lares viales sucedieron los cruceros y las ermitas dedicadas a los santos de los caminantes como Santiago, San Martín o San Cristóbal y en vez de disponer sepulcros a lo largo de caminos, como ocurría en la prehistoria y en la época clásica, surgieron grandes caminos cuya meta era un sepulcro: los que conducían al Santo Sepulcro de Jerusalem o al del apóstol Santiago. Es más, como Cristo dijo aquello de «Yo soy el camino», en torno a la noción de camino florecieron dentro del cristianismo múltiples asociaciones e imágenes religiosas y no es causal que en la Edad Media se canonizara a bastantes constructores de puentes o que bastantes santos se dedicaran a construir caminos y puentes. Es el caso de Santo Domingo de la Calzada y de San Juan de Ortega, constructores del Camino de Santiago en la Rioja y parte de Burgos, o de San Armengol, que operó en Cataluña (6).

Por otra parte, cuando viajar resultaba totalmente inusual, el caminante gozó de una consideración especial: era alguien que por haber visto más se estimaba que tenía un conocimiento superior. De ahí derivó la práctica de época clásica de exponer los enfermos en los caminos a los consejos de los que pasan; práctica que se continuará en época medieval con la profusión en los caminos importantes de capillas dedicadas a santos a los que se les atribuyen virtudes de curar como la Magdalena, San Lázaro o San Roque.

O sea, los caminos, que conducen al más allá geográfico, se asociaron pronto al más allá metafísico y caminar se consideró una forma de adquirir conocimiento y superar o trascender los conocimientos locales.

En la antigüedad, caminar fue pues algo más que una acción utilitaria o un ejercicio físico. Hoy, sin embargo, ¿qué sentido tiene o puede tener caminar? Peregrinar o caminar atravesando campos, ¿no será un arcaísmo? Su atractivo, ¿no será simplemente el atractivo de lo insólito?

### **Un verdadero ejercicio espiritual**

Para dar respuesta a estos interrogantes, que son previos a todo proyecto serio de recuperar el Camino de Santiago como tal camino, lo mejor es ponerse a andar y ver qué pasa. Una manera gráfica de expresar lo que se experimenta al andar durante días y días por un sendero rural que nos lleva de Francia a Pamplona, Logroño, Burgos, León y Santiago es comparar esa marcha hoy insólita con un viaje normal en coche que lleve la misma dirección.

Cuando nos subimos a un coche suele ser para ir a un lugar definido y más o menos distante, para visitar, en el caso que nos ocupa, el siguiente monumento destacado del Camino. Definida la meta, el espacio que nos separa de ella se constituye en una especie de barrera, en una tierra de nadie y de nada de interés, y por ello, se procura cruzar lo más rápido posible y cuando más rápido crucemos ese territorio, más se nos comprime y difumina. A pie, la velocidad es casi invariable y, en ese sentido, el espacio es incompresible. A pie, lo que se interpone entre dos monumentos no es un espacio anodino, es el campo, es la naturaleza e ir de un monumento a otro re-

(6) También es indicativo de la valoración que tenían en la E.M. los constructores de caminos y puentes el hecho de que en la famosa Guía del Peregrino a Santiago de Compostela del siglo XII se dedique todo un capítulo a los nombres de quienes han trabajado en la reparación del Camino de Santiago entre Rabanal y el Miño.

quiere una inmersión en la naturaleza consistente en pasar horas y horas subiendo o bajando cuevas, atravesando hayedos o viñedos, vegas o parameras, soportando un sol de justicia o un frío de injusticia, aguantando el exceso de agua, es decir, un chaparrón o su carencia, o sea, la sed.

Aunque se deleite con los monumentos artísticos, la sensación dominante del peregrino al cabo del día es la de haber estado en diálogo, amable u hosco, con la naturaleza, la de haber hecho un verdadero ejercicio espiritual. Ejercicio físico agotador en un medio que por natural y solitario resulta propicio para habérselas consigo mismo, con el espíritu. De hecho, hay personas que al recorrer a pie el Camino practican una terapia: la de pasearse los problemas. Un pequeño problema puede requerir una vuelta a la manzana y un gran problema, toda una peregrinación.

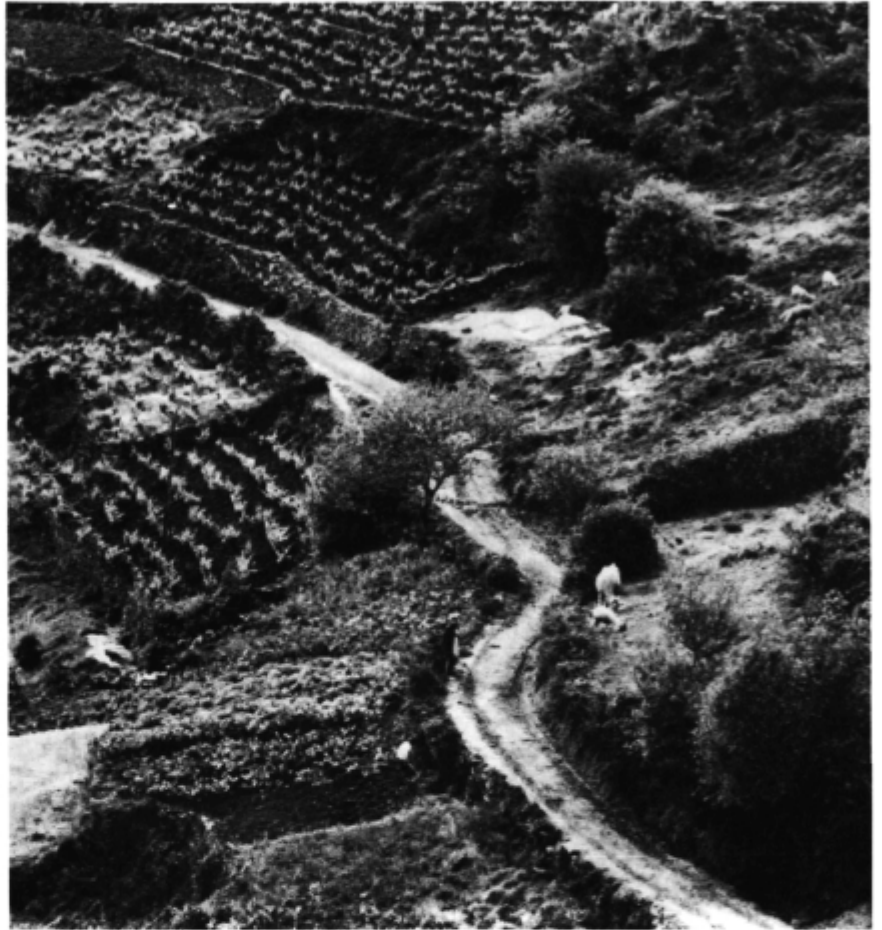
Peregrinación que por otro lado es una ascesis, pues para peregrinar a pie hay que prescindir de todo cuanto no es esencial. ¿Llevo dos pantalones? Con uno basta. ¿Y libros para leer por el camino o la noche? De noche se llega tan cansado que ni ganas quedan de pasar los ojos por un renglón y de día hay tantas otras cosas que mirar y averiguar. ¿Saco de dormir? Pesa y abulta mucho. ¿Y si una noche me quedo sin techo ni lecho? Pues mala suerte, no cabe peregrinar pretendiendo tener respuesta para todas las eventualidades, porque cada respuesta son unos gramos de más que, sumados acaban por ser responsables de una mochila cuyo peso te inmoviliza. En la peregrinación, como en la vida, la seguridad inmoviliza. O se lanza uno a la aventura con todas sus consecuencias, o se queda uno en casa; no hay término medio.

### **Salir al encuentro**

Pero no se trata sólo de una aventura espiritual. Si el automovilista piensa en su vehículo, el peregrino empieza a pensar en sus pies y acaba pensando en todo su cuerpo. De pronto, toda la atención se concentra en la rozadura del meñique o en la ampolla del talón. Luego, el señorito de ciudad descubre el sudor. El hombre de oficina, desodorizado, duchado, expulgado y desconocedor de trabajo físico, ha de acostumbrarse a convivir con su sudor, con ese olor inconfundiblemente animal del sudor que casi le permite, por otra parte, hablar de tú a tú, de olor a olor, con el campesino, pastor u obrero, con el que se cruza. La peregrinación, además de ser un posible encuentro consigo mismo, con los propios problemas, supone también un encuentro con el propio cuerpo. Encuentro doloroso a ratos, y oloroso casi siempre, pero también estimulante. Descubrir que cabe ir a pie a cualquier parte; subir un monte y, en vez de volver atrás como ocurre en las excursiones corrientes, descender por la otra ladera y adentrarse en una nueva comarca; llegar a las afueras de una ciudad y mirar los autobuses como algo superfluo para uno: ¿acaso va a tomar uno el bus en Villava para llegar al centro de Pamplona, viniendo a pie desde Francia? Todo ello son experiencias nuevas y estimulantes.

Si contra todo pronóstico y a pesar de las ampollas, de los trastornos intestinales y del cansancio, se llega a la meta, la satisfacción

*«... el peregrino aprovecha para enterarse de una vez si los sembrados que lleva tanto tiempo viendo son de patatas o de remolacha. Pues para el urbanícola de nuestros días que distingue de lejos si un coche es un GS o un XT, el entorno rural se suele reducir a árboles, plantas, flores y piedras».*



no es pequeña, pues uno se ha puesto a prueba y se ha superado a sí mismo. Y si no se llega, tampoco pasa nada, pues la experiencia de caminar puede resultar suficientemente rica como para que se justifique en sí misma con independencia de que se llegue o no a la meta. Caminar puede volver a ser como en tiempos pretéritos una particular forma de conocimiento y de salir del mundo habitual al encuentro de otro próximo en el espacio y sin embargo, remoto.

En efecto, caminar atravesando campos durante días no sólo permite una inmersión nueva en la naturaleza muy distinta de la que ofrece una excursión fin de semana y un encuentro consigo mismo, tanto en el plano psíquico como en el físico, sino también un encuentro con los lugareños y una nueva percepción de todo lo que en el territorio se ha construido.

Cuando se peregrina, a veces, es uno el que se ve en la necesidad de acercarse a un paisano para preguntarle por dónde se va al camino, o si el agua es potable, y otras veces es el paisano el que siente curiosidad por ese loco con pantalón corto, sombrero y mochila que asoma de repente en una calle, en un bar, en un soto. Ocasión que el peregrino aprovecha a su vez para enterarse de una vez si los sembrados que lleva tanto tiempo viendo son de patatas o de remolachas. Pues para el urbanícola de nuestros días que distingue de lejos si un coche es un GS o un XT, el entorno rural se suele reducir a árboles, plantas, flores y piedras. Así, en plural. Así, genéricamente.

Más distinciones, entre unos u otros árboles o cultivos, sólo las aprecian los que tienen fresco y reciente un pasado rural.

Si el urbanícola aprende con el paisano que esa planta que recuerda a las plumas con que juegan las vedettes en el escenario es una esparraguera, el paisano no deja a su vez de sorprenderse cuando al cabo de los meses recibe una postal desde el extranjero de un señor que, aunque iba con mochila, resulta que era catedrático, diputado o cura y se acuerda, agradecido, de algún favor que se le prestara. Si para el urbanícola es interesante aprender a distinguir cultivos y tratar en su propio medio con campesinos y pastores y conocer sus hábitos y su modo de pensar y vivir, para el paisano no deja de ser un acontecimiento que por su pueblo pasen unos franceses a caballo, una rubias alemanas o un experto en arte que sabe más sobre la iglesia del pueblo que el mismo párroco.

Cuando se marcha a pie, no sólo se avanza más despacio y se tiene más ocasión de hablar con la gente, sino que también se va menos protegido y ese desvalimiento obliga a tener más trato con los habitantes, sea para secar la ropa mojada en un chaparrón o para frenar una descomposición intestinal. A pie, en suma, surgen más oportunidades de encontrarse, conocerse y estrechar lazos.

### **Otra noción de espacio y tiempo**

Otra de las sorpresas que proporciona atravesar campos andando es que a medida que pasan los días cambia la percepción del espacio y el tiempo y entra uno en otro ritmo. De pronto, las distancias se empiezan a medir otra vez, como ocurría antes, en jornadas y Logroño, más que estar a 80 Km. de Pamplona, está a cuatro días de marcha. A fuerza de pasar el día al raso, de ver iglesias, puentes y cruceros medievales y de medir las distancias en jornadas, se desconecta del mundo habitual y se retrocede en el tiempo y se llega uno a creer que está poco menos que en otro siglo.

Al desacelerarse el ritmo se empieza a apreciar también de manera distinta cuanto nos rodea. Si en coche es raro que algo nos llame la atención al punto de hacernos parar antes de alcanzar la meta marcada al salir, a pie se va tan despacio que es como si nos fuéramos parando en todas partes, como si todo lo viéramos y el espacio que a cien por hora se difumina, a cuatro por hora cobra un raro relieve, porque la capacidad de percepción se amplía.

En coche sólo se ve lo monumental y a pie, además de los monumentos, llaman nuestra atención por su belleza o espolean la imaginación por su singularidad miles de detalles: un humilde murete, una cerradura, una flor, un escudo, una frase oída al pasar, una ventana, un alero, un campo sembrado, un rebaño. Y a veces, un detalle inusual se nos queda más grabado que una iglesia románica más.

Esa capacidad de percepción más amplia que proporciona caminar se aplica incluso a los propios monumentos, pues la parsimonia con que se avanza hace que se los aprecie con particular intensidad. En coche, las imágenes se suceden vertiginosamente y nos abandonan con la misma rapidez con que se nos vienen encima no dejando apenas huella porque falta tiempo para digerirlas. A pie, la torre de



una iglesia se acerca al atardecer, cuando ya vamos cansados, con una lentitud exasperante. Primero despunta una silueta borrosa y lejana y luego va adquiriendo poco a poco perfiles nítidos. Caminando, las imágenes se graban con fuerza inusitada y un momento recortándose sobre el horizonte al que nos aproximamos cansinamente puede impresionarnos tanto como la vista del monumento mismo.

A pie, da tiempo a que las imágenes se graben. A pie registra uno dónde se acaban las hayas, dónde aparece, bajando de Pirineos la primera encina o el primer viñedo; dónde cambia de pronto el acento o el humor de los lugareños; dónde se dejan de ver casas de piedra. El conocimiento que se adquiere de un territorio y la intensidad con que se graba es inversalmente proporcional a la velocidad con que se le recorre. O dicho de otra manera, la misma diferencia que hay entre leer un libro y entenderlo, existe entre recorrer una zona en coche o hacerlo a pie. Y esto, que creo que es cierto en general, lo es más en el caso del Camino de Santiago, pues al no coincidir en general con carretera alguna, el que circula en coche va por un lado y el que marcha a pie por otro.

En automóvil, cabe visitar las poblaciones famosas del Camino de Santiago y sus monumentos más notables, más no es posible recorrer el Camino mismo. Eso sólo se puede hacer a pie. Para el automovilista, el Camino de Santiago se convierte en la hebra invisible que hilvana un rosario de núcleos con valiosos monumentos artísticos. Y resulta que esa hebra invisible para el automovilista es la que



*«A pie, la torre de una iglesia se acerca al atardecer, cuando ya vamos cansados, con una lentitud exasperante. Primero despunta una silueta borrosa y lejana y luego va adquiriendo, poco a poco perfiles nítidos».*

estructura muchas ciudades, la que bordea todos los antiguos hospitales de peregrinos y todas las ermitas e iglesias relacionadas con el fenómeno jacobeo, la que une todos los puentes que se conservan y da sentido a todos los cruceros aislados y a todas las antiguas fuentes. Siguiendo el verdadero Camino de Santiago, el que sólo se puede recorrer a pie o a caballo, no sólo se ven más monumentos, sino que se entienden mejor. No es lo mismo, por ejemplo, llegar hoy a Los Arcos, a Uterga o a Villava desde la carretera general, que accede oblicuamente a tales núcleos, que entrar en ellos por el antiguo camino en torno al cual nacieron, crecieron y dispusieron la gran mayoría de los monumentos que hoy llaman nuestra atención.

Lo que convierte un montón informe de cuentas en un verdadero rosario es la hebra que las hilvana. Lo que da coherencia al rico y disperso conjunto de monumentos del Camino de Santiago, es ese sendero rural, humilde en apariencia, que sólo el viandante conoce. Es decir, también desde el estricto punto de vista de una política de patrimonio histórico y artístico puede tener sentido recuperar la traza del antiguo Camino de Santiago. Es más, cabría sostener que el Camino mismo, esa hebra hasta ahora desatendida porque se había perdido la costumbre de andar, es también un monumento. Todo depende de qué entendamos por camino.

Si por camino entendemos los tramos con pavimento antiguo, los puentes romanos, románicos, góticos o posteriores, algunos de los cuales ya han sido declarados monumentos nacionales, las puertas por las que cruza los recintos amurallados, los cruceros que señalizaban el camino, las fuentes que proporcionaban agua a caminantes y caballerías y entre las que se encuentran ejemplares tan singulares como la románica de Cizur Menor y la gótica de Villamayor de Monjardín, entonces resultaría que el propio camino es un peculiar monumento histórico y artístico.

*«Lo que da coherencia al rico y disperso conjunto de monumentos del Camino de Santiago, es ese sendero rural, humilde en apariencia, que solo el viandante conoce».*



## Recapitulación

Llegados a este punto, podemos recapitular lo dicho hasta aquí e intentar dar una primera respuesta a la pregunta que nos formulábamos al principio: ¿qué sentido puede tener hoy recuperar el Camino de Santiago?

Dar continuidad a la antigua traza del Camino de Santiago allí donde se haya interrumpido, alejarla o protegerla del tráfico motorizado cuando se le han superpuesto carreteras, señalizarla discretísimamente —cuestión esta última sobre la que nunca se insistirá lo suficiente—, arbolarla y protegerla de nuevas agresiones, permitiría ofrecer la posibilidad de:

- una inmersión en la naturaleza;
- un encuentro consigo mismo, tanto con el cuerpo como con el espíritu;
- un encuentro con los lugareños que puede acarrear un mutuo enriquecimiento entre paisanos y transeúntes;
- otra percepción del espacio y del tiempo;
- el descubrimiento de miles de detalles de construcciones, de artesanía, de la naturaleza;
- una aproximación distinta y más intensa a los grandes monumentos y a la cultura;
- la sensación, justificada si se avanza con los ojos abiertos por la traza medieval, de haber hallado el hilo que hilvana todos los monumentos, el hilo que da coherencia al conjunto y que es en sí mismo y en cierta manera otro monumento.

Ofrecer simultáneamente todas estas posibilidades es tanto como atraer simultáneamente a las más diversas personas, a las que sólo atrae el arte, a las que sólo quieren hacer deporte, a las que tienen motivaciones religiosas, a las que buscan entrar en contacto con la naturaleza, a las que necesitan pasearse un problema, a las que les apetece conocer nuevas tierras y gentes o las que desean combinar todas esas posibilidades en una única experiencia.

Por el contrario, si sólo se recuperaran los grandes monumentos que al Camino de Santiago se le suelen asociar, se reduciría un fenómeno de muchas dimensiones a una sola: la artística y aun ésta mutilada, pues dejaría fuera muchas construcciones valiosas, como por ejemplo los puentes de los que los manuales de arte no se suelen ocupar. Y puestos a competir en un plano exclusivamente artístico, no es fácil que los núcleos del Camino de Santiago, exceptuando dos o tres, compitan por ejemplo con los de la Toscana o ni siquiera con los más famosos de Andalucía.

El que sólo quiera ver los grandes monumentos puede ir ya y podrá seguir yendo por carretera a visitarlos. Pero el que quiera hacer algo más que mero turismo cultural o un turismo cultural más intenso y novedoso, ése necesita la apertura de la traza para poder hacerlo a pie. Y si hay gente que utiliza de nuevo el Camino, tendrá sentido restaurar puentes, fuentes y cruceros porque volverán a tener una función, un uso.